

chos tomaron este partido y perseveraron en él. Walker era discípulo del piadoso y sabio Abraham Woodhead, católico, muerto el 4 de mayo de 1678, y célebre por excelentes escritos de controversia, algunos de los cuales publicó Walker.

Por lo demás, concediendo francamente que el desdichado Jaime perpetró algunas imprudencias, debemos también decir lo que pensamos después de un examen minucioso de los hechos; esto es, que cualquiera que hubiese sido su conducta, hubiese sucumbido infaliblemente al peso de las dificultades de su posición. Aun cuando hubiese sido más reservado, no hubiera podido sostenerse en un trono rodeado de tamaños escollos. Ya la nación, excesivamente prevenida contra los católicos había visto con desagrado que un príncipe de esta comunión heredase la corona. De aquí provino esa separación tan pronunciada y esa desconfianza cada día mayor. Nada se le disimulaba al rey; se censuraban todas sus medidas y se echaba ponzoña en todas sus acciones. Whigs y toris estaban contra él: partidarios los primeros de la libertad, lo reconvenían por dar demasiada extensión á los derechos del soberano: los segundos, celosos amantes de la iglesia establecida, temían que fuese comprometida su existencia, bajo un rey de diferente comunión. De aquí las quejas generales: los obispos, los doctores, los predicadores, las universidades, todos los rangos del clero anglicano rivalizaban en ardor contra la corte, y el pueblo

los animaba con sus gritos. La consigna, *nada de papismo* se dejaba oír por todas partes; hasta se echó á mala parte la libertad de conciencia que Jaime dió. Era de consiguiente tan general y tan vivo el espíritu de oposición, que ya una revolución era de todo punto inevitable. Acaeció en efecto; mas, antes de referir sus consecuencias, debemos decir algo sobre un establecimiento importante á la religión, elevado durante el reinado de Jaime, el cual tal vez fué el único que sobrevivió á este príncipe.

Habiendo abolido la sucesión de los obispos los cambios operados en Inglaterra por Enrique VIII y sus sucesores, el gobierno espiritual de los católicos se halló confiado á simples ministros, ó religiosos que recibían sus poderes de la santa Sede. Y siendo necesariamente muy limitada su autoridad, se creyó que la presencia de un obispo sería más útil al país. Así que, los Papas mandaron sucesivamente allí vicarios apostólicos con el título de obispos *in partibus infidelium*. Fueron estos prelados Guillermo Bishop y Ricardo Smith, obispos entrambos de Calcedonia. Poco tranquila fué su administración. El último se vió precisado á salir de Inglaterra, donde su presencia importunaba á los protestantes, sin que volviese á ella jamás. Bishop había establecido un cabildo, el cual debía ejercer sus poderes en su nombre, y suplirle en su ausencia. Tanto él como Smith nombraron sucesivamente canónigos, decanos y

vicarios generales, para las necesidades de la mision. Mas la autoridad de estos delegados no fué jamas universalmente reconocida, y los regulares no se creian nada obligados á ello. Hasta pretendian que no estaban sometidos á jurisdiccion del vicario apostólico, y alegaban privilegios que habian obtenido de algunos Papas. De aquí esas contestaciones tan vivas, en los cuales los Benedictinos y Jesuitas por un lado, y por otro el clero secular, sostenian cada uno su diferente partido. Como estas disputas se llevaran demasiado lejos, á fin de sofocarlas ideó la santa Sede establecer, bajo los auspicios de Jaime II, un gobierno mas uniforme y regular. Las instancias del príncipe se asociaron, con respecto á esto, á las del clero. El abate Racine pretende, en su *Compendio de la historia eclesiástica*¹, que se solicitó la creacion de obispados en título en Inglaterra, pero que la corte de Roma se obstinó en no nombrar sino vicarios apostólicos. Este historiador infiel é imparcial estaba tan mal informado sobre este punto como sobre muchos otros, y, por mejor decir, dejó llevarse en este pasage de todas sus prevenciones. No hay siquiera ningun indicio del hecho que aventura, y Dodel², tan bien informado de la historia

¹ Tomo XIII, pág. 656.

² *The church History of England, from the year 1500 to the year 1688, chiefly with regard to catholicks, Brussels, 1737, 1739 y 1742; 3 vol. in-fol. Esta obra está llena de noticias y es muy curiosa. Su autor es Carlos Dodd, ministro ingles.*

de su pais, y tan esmerado de recoger las particularidades, no habla nada sobre el hecho en cuestion. Esta medida hubiera sido por otra parte bien imprudente, por quanto todas las probabilidades están en que hubiese ofendido altamente á los protestántes.

Sea lo que se fuere, el Papa instituyó vicarios apostólicos para guiar esta mision. El primero fué Juan Leyburn, antiguo presidente del colegio de Douai, despues auditor del cardenal Howard de Norfolk. Fué consagrado en Roma, el 9 de setiembre de 1685, bajo el título de obispo de Adramita, partió inmediatamente para Inglaterra, donde se alejó en el palacio de Santiago, é hizo su visita pastoral en todo el reino. Gran número de católicos recibieron de su dedo la confirmacion. Poco tiempo despues se le nombraron colegios. Fué la Inglaterra dividida en cuatro distritos, el del Norte, el del Sur, el del Oeste y el del Centro. Púsose en cada uno un obispo en calidad de vicario apostólico. El obispo de Adramita se encargó del distrito del Mediodia. En 1687, Buenaventura Giffard, doctor en teología de Paris, fué consagrado obispo de Madaura, y despues vicario apostólico del distrito del Centro. Los del Oeste y Norte fueron confiados el año siguiente á Felipe Miguel Ellis, benedictino, y á Jacobo Smith, presidente del colegio ingles de Douai. Fueron consagrados obispos de Aureliópolis y de Gallópolis, y les señalaron á cada uno 1000 libras esterlinas de pension anual. Desde entonces

cesó la jurisdiccion del cabildo, y sus vicarios y los ministros seculares se sometieron sin dificultad á los vicarios eclesiásticos. Los religiosos opusieron todavía alguna resistencia. El 6 de octubre de 1695 un decreto de la congregacion *de propaganda fide* decidió que todos los ministros seculares y regulares, el cabildo, los Benedictinos y los Jesuitas debían recibir los poderes de los obispos para todas las funciones del ministerio, y que había ya cesado toda jurisdiccion por el nombramiento de los vicarios apostólicos.

Mas, apenas entraron en funcion los vicarios apostólicos, estalló la revolucion de 1688. Guillermo, príncipe de Orange y stathouder de Holanda, acogia desde mucho tiempo á los ingleses descontentos. Sobrino y yerno de Jaime II, olvidó este doble lazo para hacer la guerra á este desdichado príncipe. Vanamente quiso este deshacer sus primeros pasos, y acordar á los anglicanos una satisfaccion de los agravios de que se estaban quejando. Guillermo desembarcó en Inglaterra el 4 de noviembre, y se atrajo desde luego muchos señores. El obispo anglicano de Londres fué uno de los primeros en declararse por él. Abandonado Jaime por los mismos á quienes creía mas fieles, salió de su palacio el 11 de diciembre. A la noticia de su salida, el populacho de Londres se entregó al saqueo de todas las capillas católicas. Cuatro dias despues este mismo pueblo vuelve á llamar á su rey, y le recibe con numerosas aclamaciones. Mas estas

muestras de adhesion de una muchedumbre ligera no duraron mas que lo que dura un relámpago. El 18 de diciembre, Jaime II salió de Londres por segunda vez, y cinco dias despues se embarcó para la Francia, donde se hallaban ya la reina y su hijo.

Al mes siguiente, declaró una convencion nacional que Jaime había abdicado, alegacion evidentemente falsa; pero como no se deseaba sino un pretexto, fuese ó no especioso, Guillermo ascendió al trono. Sin embargo Jaime conservaba algunos partidarios: seis obispos anglicanos, á cuya frente estaba el arzobispo de Cantorberí, rehusaron violar el juramento de fidelidad que habían hecho á Jaime. Fueron depuestos todos, así como los eclesiásticos que siguieron su ejemplo. De aquí se siguió un cisma en la Iglesia anglicana, declarándose los unos por los obispos espulsados, y los otros por sus sucesores. Llamaron á los primeros *jacobitas y no-juradores*. Descollaban entre estos hombres de distinguido mérito, Dodwell, Hickes, Collier, Lesley y otros. Jaime se vió acompañado en su destierro hasta de algunos protestantes, quedándole todavía afectos en su desdicha muchos señores. Retirado en San-German, donde Luis XIV le concedió un honorable asilo, alimentó algun tiempo la esperanza de recobrar su trono. Llevado de este objeto, hizo una tentativa en Irlanda, cuyos habitantes permanecieron fieles á su causa; mas fueron sus gentes derrotadas, y regresó á Francia para no salir mas de ella.

Muy natural era que se esperasen de esta revolucion consecuencias muy funestas para los católicos; por cuanto en el fondo no se habia hecho sino contra ellos. En Jaime no se perseguia otra cosa que la personificacion del catolicismo. Hizose expiar á esta religion la proteccion momentánea que habia logrado. Establecióse que ningun católico, ó esposa de católico, pudiese heredar el trono. Los católicos, ó los reputados como tales, recibieron la orden de alejarse á diez millas de Londres; los desarmaron, les tomaron sus caballos, se cerraron algunas escuelas que habian abierto, se los declaró esceptuados del acto de tolerancia, y su derecho de patronazgo fué conferido á las universidades. Acordóse en 1700 recompensar al que hiciese prender á un ministro ó un jesuita. Prohibióse, bajo la multa de cien libras esterlinas, enviar á sus hijos fuera del reino, para educarlos en la religion católica: los que perteneciesen á ella no podian heredar. Los obispos recientemente enviados á Inglaterra formaban el principal blanco de la saña nacional: Ellis abandonó la Inglaterra, y no volvió mas á ella. Retiróse en Roma, y fué con el tiempo obispo de Segni, en Italia. Los obispos de Adrami y de Madaure fueron encarcelados; el primero en la Torre de Londres, y el segundo en Newgate. Permanecieron allí por algun tiempo; despues fueron puestos en libertad, y se vieron con frecuencia amenazados. A la menor alarma se veian precisados á ocultarse. Buscábase con particular ahinco

á los ministros, y muchos acompañaron á Jaime en su fuga. Otros estaban metidos en las cárceles, cuya suerte arrostraron tambien algunos legos. Obadiak Walker, presidente del colegio de la universidad de Oxford, el cual se habia declarado católico, atrayendo á muchos personages á esta religion, fué encerrado en la Torre, interrogado en pleno parlamento, y particularmente esceptuado del acto de amnistía. Sin embargo es menester agradecer á Guillermo III que no se derrámase sangre, y no se renovasen las atroces escenas de 1679 y de los siguientes años.

En medio de estos trastornos, sostúvose la religion católica por ella misma, y su estado, en este pais, era en 1701 tan satisfactorio como fuese posible. Gobernaban en él los vicarios apostólicos sus distritos con un celo que igualaba á su prudencia. Leyburn, avanzado en edad, permanecia en Londres, mientras que Giffard gobernaba el distrito del Centro. Hacia frecuentes visitas, estableciendo misiones, confirmando y animando á los católicos á la fe. Ayudaba á Leyburn en la administracion del distrito del Sur, y visitaba á la par el del Oeste que carecia de obispo. Contaba el clero en su seno hombres distinguidos por su mérito. Eran los mas conocidos Sergeant y Goter; Jenks, á quien sus colegas habian puesto en lista para el obispado, rehusó constantemente esta dignidad. Andres Giffard, hermano del obispo de Madaure, y su vicario general, dió pruebas de igual modestia.

Muchos capellanes de Jaime II dejaron algunos sermones impresos. El jesuita Pulton publicó la relacion de su conferencia con Tenison: su cofrade Dorrel fué autor de algunas obras de controversia y de piedad. No pocos misioneros consagraban, en medio de sus trabajos especiales, algun tiempo á la composicion de algunas obras, entre las cuales se distinguen no pocas que todavía son apreciadas de los católicos ingleses. Ciertos legos daban ejemplos de una estremada piedad.

Las leyes severas que prohibian á los católicos la facultad de abrir escuelas, les obligaban á enviar á sus hijos al continente. Con este objeto se formaron establecimientos en Roma, en París, en Douai y Valladolid. El mas célebre de estos colegios fué el de Douai, el cual era el plantel del clero secular en Inglaterra. Habíase formado á principios del siglo XVII, y los Papas lo habian protegido, señalándole una pension anual. El cardenal protector de las Iglesias de Inglaterra y Roma elegia los presidentes de estos colegios. El que desempeñaba este cargo en 1701 era el doctor Paston. Despues del colegio de Douai, el mas considerable era el de los Ingleses en Lisboa. Habíalo fundado un señor portugués. En París, el doctor Betham acababa de establecer un colegio de Ingleses, era este doctor capellan de Jaime II, y preceptor del príncipe de Gales. Los Benedictinos y Jesuitas eran los que daban, entre todas las órdenes religiosas, mas individuos para las misiones de Inglaterra. Los prime-

ros formaban una congregacion á parte, bajo el nombre de *Benedictinos ingleses*, y tenian casas en París, en Douai, en San-Malo, en Lorena, etc. Muchos obispos salieron de ella para la mision, y cada cuatro años reunian su cabildo para pasar al nombramiento de sus superiores.

Hasta aquí no hemos hablado de la Escocia. Contaba esta parte de la Gran-Bretaña un gran número de católicos, y hubiera tenido muchos mas, á no faltar sacerdotes, y á tener escuelas de esta religion. Estas dos circunstancias reunidas favorecieron muchísimo los esfuerzos de los reformadores del siglo XVI. La santa Sede mandaba allí, de vez en cuando, Franciscanos irlandeses. Mas la mayor parte se hallaban mal con el rigor del clima, especialmente en la parte setentrional de la Escocia, donde el frio hace insoportable la vida, y permanecian poco en estas misiones. Un piadoso y enclado misionero llamado White fué de todos el mas constante. Ayudado de la proteccion de Mac Donald, reanimó la fe en las montañas de Escocia, y convirtió á la religion católica á muchas familias alejadas de ella por la desdicha. Sus trabajos verdaderamente apostólicos datan desde el fin de Cromwell y principios del reinado de Carlos II. Tentóse por los mismos tiempos establecer algunas escuelas, para formar en ellas ministros, y preservar al mismo tiempo á los niños católicos de la seduccion de las escuelas protestantes. Mas á duras penas podian sostenerse estos establecimientos en medio de los obstáculos

que de todos lados se oponian á los católicos.

La revolucion de 1688 no tuvo resultados menos desagradables para este pais que para la Inglaterra; y la adhesion de una multitud de escoceses á los Estuardos, sus antiguos señores, sirvió de pretexto á vejaciones prolongadas. Los protestantes se manifestaron en él casi tan jacobitas como los católicos, y los primeros á par de los segundos parece que quisieron aprovechar todas las ocasiones para sostener los derechos de su soberano legítimo. El gobierno ingles cesó de proteger á los episcopales, y los presbiterianos quedaron dominantes en Escocia, sin que se manifestasen mas tolerantes para los católicos de lo que lo habian sido los episcopales. Mezclándose las preocupaciones políticas con las religiosas, se perseguia á la vez en ellos á los partidarios de los Estuardos, y á los adherentes á una fe proscrita. Encarceláronse por muchos años varios católicos, y por último los desterraron. Enviáronse tropas á las montañas, y se hicieron mil estragos en los campos católicos. Un capitán llamado Porringer se hizo famoso en el Oeste por sus devastaciones y crueldades. Al mismo tiempo el parlamento de Escocia estableció que los hijos que no profesasen la religion protestante fuesen privados de la sucesion de sus padres; medida bien calculada para mover la codicia, y sofocar la adhesion á la antigua creencia.

A pesar de todo, sostúvose la fe hasta en medio de los mismos esfuerzos para estinguirla. Parece

que desde su retiro Jaime tenia relaciones muy estrechas con la Escocia. Hizo pasar allá algunos fondos, con los cuales pudo establecerse en las montañas una escuela dirigida por Jorge Panton, discípulo del colegio de Paris. Uníase ademas con los misioneros escoceses para pedir que se mandase á Escocia un obispo. Accedió á sus deseos la santa Sede: Tomás Nicolson fué nombrado en 1694 obispo de Peristachium, y vicario apostólico á Escocia, á donde se trasladó secretamente en 1697. No encontró en ella sino veinte y cinco misioneros, cuyo número aumentó él sucesivamente. Desde este año empezó á hacer algunas visitas al Norte, donde eran mas numerosos los católicos. En los cuatro años siguientes las hizo tambien en las diferentes partes de su vicariato. Grande fué el efecto que produjo su celo y actividad en un pais que no habia visto un obispo mas de cien años hacia. Dirigió advertencias á los pastores, las cuales fueron aceptadas en una reunion de misioneros escoceses, y confirmadas despues en Roma. Muy particularmente señalada es la relacion de una visita que hizo en 1700 en las montañas y en las islas del Oeste. En un viaje de mas de cuatrocientas millas, por montañas ásperas y mares peligrosos, confirmó una multitud de personas, se enteró de las necesidades de los pueblos, reprimió los abusos, anunció á los fieles católicos la palabra de Dios, y los exhortó á que tuviesen constancia en la fe. Véase segun la relacion que eran

bastante numerosos en estas comarcas. Muchas islas estaban casi exclusivamente pobladas de católicos, y en una sola estacion confirmó el vicario apostólico mas de setecientas personas. Encontró á estos buenos montañeses muy morigerados, respetuosos para con los ministros, y exactos observadores de las leyes de la Iglesia. Algunos de ellos habian sido condenados á la pena capital por el cruel Porringer, por haberse obstinado á no querer renegar su religion. Nicolson animó á los ministros, y nombró á dos provicarios, Monro y Mungan, antiguos misioneros, cuyos servicios y esperiencia los habia hecho dignos de semejante confianza. Confióles el derecho de visita, y les recomendó sobre manera que le enterasen del estado de los negocios. Tambien inspeccionó la escuela de Aarsaick, en la cual fundara sus esperanzas, puesto que servia para preparar á los alumnos que pasaban despues al colegio escoces de París, donde residia la fuente principal de la educacion de los ministros, y el principal plantel de misioneros para Escocia. A mas de este colegio habia tambien otro en Roma y Ratisbona, en el convento de Benedictinos escoceses, los cuales tenian tres casas en Alemania.

Tambien merece la Irlanda fijar nuestra atencion por la multitud de católicos que encierra, y por el yugo que ha pesado sobre ellos por tanto tiempo. Fiel á su creencia ha rechazado constantemente las innovaciones religiosas y conservado sus

obispos. A pesar de tantos trastornos nunca se ha interrumpido en este pais la sucesion de los pastores legitimos. Aunque precisados á abandonar á los obispos anglicanos sus iglesias, sus casas y sus rentas, han proseguido gobernando su rebaño con una honrosa indigencia, retirados en soledades á donde venian á alterar su paz sus enemigos. Forman los católicos las tres cuartas partes de la isla, y á pesar de esta disproporcion están escluidos de todos los favores y de todos los destinos, privados de todo derecho político, molestados en lo que tienen de mas sagrado y sojuzgados bajo una legislacion rigurosa. Sin embargo, mas fidelidad encontró Carlos I en los Irlandeses oprimidos que en los ingleses estraviados por el fanatismo y espíritu de independenciam. Guiados los primeros por los arzobispos O'Reilly y Walsh, se consagraron á la causa de un príncipe desdichado. Por eso Cromwell no los perdonó jamas, agravando su yugo con nuevas disposiciones. Una ley declaró desheredado y fuera de ley á todo estudiante católico, que abrazase el estado eclesiástico; ley que no ha sido revocada hasta los últimos tiempos. El reinado de Carlos II no fué mas favorable á los católicos irlandeses, entre los cuales sembró el terror el suplicio del venerable arzobispo de Armagh. Otros dos obispos, Jorstell de Kildare, el Creagh de Cork, fueron encarcelados, al paso que muchos otros se retiraron en Francia.

El reinado de Jaime II fué demasiado corto para